

extremadamente reduccionista como lo es el concepto de Estado, que, aunque definido, parece a veces –como lo es en el caso de Cuba– confundirse con los deseos individuales de un solo hombre. Independientemente de estos detalles, nos encontramos ante una obra que constituye, sin duda, una importante contribución al estudio histórico de las ideas y del papel del intelectual en su formación dentro del contexto hispanoamericano.

Kepa Artaraz

University of Wolverhampton

RENATE MARSISKE (coord.): *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina* (2 vols.). México: UNAM Plaza y Valdés, 1999.

La juventud universitaria latinoamericana ha tenido una actuación decisiva en diversos momentos culminantes de nuestro devenir, desde el ciclo emancipatorio, el romanticismo, la bohemia finisecular y la Reforma Universitaria de 1918 hasta la generación de la protesta y la revolución. Podemos, así, aproximarnos a las distintas variantes utópicas, expresiones identitarias y propuestas alternativas que se hallan en juego dentro de tales idearios y prácticas sociales, junto a los problemas hermenéuticos concomitantes: continuidad o discontinuidad histórica, validez última de los agentes o sujetos colectivos, vínculos con la estructura económica y con las variables políticas de rigor. En las postrimerías del siglo XIX fue acentuándose la importancia que, dentro de la evolución histórica, correspondía asignarle al accionar de sectores tradicionalmente descalificados: los trabajadores, la mujer, el hombre de color. Al mismo tiempo, surge una confianza semejante en las aptitudes de la juventud, que emerge como vanguardia movilizadora de las masas, generándose una mística redentora que se prolonga indefinidamente y se encarna en los movimientos estudiantiles.

La UNAM, tuvo la feliz iniciativa de adelantarse a otras casas de enseñanza superior de mayor trayectoria y crear un Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU). Desde ese instituto, Renate Marsiske ha lanzado una ambiciosa indagación colectiva –multinacional e interdisciplinaria– en torno al protagonismo estudiantil en Latinoamérica, desde la Colonia a la actualidad. Este amplio proyecto posee escasos precedentes orgánicos de distinta factura y alcance, pudiendo recordarse algunos libros que van desde un ensayo superclásico como *El estudiante de la mesa redonda*, de Germán Arciniegas (1932), pasando por la pionera sistematización de Gregorio Bermann, *Juventud de América* (1946), hasta los últimos avances esquemáticos de Manuel Agustín Aguirre en el Ecuador, *Universidad y movimientos estudiantiles* (1987).

Entre los presupuestos metodológicos que animan la misión articuladora de Marsiske se encuentra el objetivo de distanciarse de broncíneas biografías y enfoques pedagogicistas sobre la universidad, para comprender a esta institución desde la historia socio-política, pero sin negarle su propia especificidad. Una perspectiva análoga aparece con relación a las organizaciones estudiantiles, al proponerse su análisis desde el contexto de los movimientos civiles y de una lógica clasista que dejaría a salvo sus valores inherentes. Se acentúa entonces el papel que juega la conflictividad entre los seres humanos y el de la juventud universitaria como un relevante catalizador de esos antagonismos ambientales o estrictamente educativos. Simultáneamente, se insinúa la existencia de fuertes diferencias epocales en el estudiantado que afectan la formulación de paralelismos y generalizaciones.

La obra en cuestión, cuya base material se asienta en trabajos expuestos en diversos encuentros continentales, puede desglosarse en un desarrollo tempoespacial y ocasionalmente ideológico. Dos investigadoras del CESU, una especialista en el siglo XVII y la otra en el XIX, aportan nuevos elementos de juicio. Pérez Ponce lo hace a través de un episodio de resistencia y ocupación estudiantil en la Real Universidad de México ante la anómala sustanciación de un concurso docente, mientras Lourdes Alvarado examina un brote huelguístico, apoyado por algunos maestros, que estalla doscientos años más tarde, en pro de una universidad libre —cuando la misma idea de universidad era desestimada por una óptica positivista que, como en el Brasil, veía en aquélla una entidad anacrónica reñida con el progreso. Renate Marsiske prosigue su tarea explorativa, concentrada en la fundación de la UNAM hasta los años treinta, mediante un trabajo que se extiende a los estudios comparados sobre un período similar y en relación con la Argentina, bajo la premisa mayor de la educación como vía para la movilidad de los sectores urbanos en ascenso y, en tal sentido, con su rol determinante para la transformación universitaria desde 1920 en adelante.

En cuanto al capítulo argentino, Cristina Vera, sin atender a la actividad estudiantil en sí misma, postula la introducción de avances científicos en la Córdoba finisecular como el puente directo hacia la Reforma del 18, a la vez que Marcelo Caruso remarca la hipotética escisión entre el comunismo y este último fenómeno. Sobresale el esfuerzo de Mónica Rein por develar la entraña autoritaria y la regimentación educativa que, en detrimento de los principios reformistas, inspiró el nacional-catolicismo y fue legalmente implementada durante el gobierno de Perón —tan repudiado, junto a la España negra de Franco, durante el Congreso Latinoamericano de Estudiantes celebrado en Montevideo en 1955. Estamos, así, ante una suerte de fascismo criollo que no desaparece de escena y vuelve a encaramarse con el ongiato, la gestión peronista del setenta, la última dictadura militar y el

CONICET a comienzos de la década menemista. Fernando Pedrosa se ocupa incisivamente de buena parte de ello. Finalmente, Marcela Pronko se hace eco de las tesis sobre la desmovilización estudiantil mediante el caso de una universidad regional.

Los demás países guardan un grado diferente de representación. Diana Soto Arango circunscribe una movilización conjunta de alumnos y académicos por la renovación de la enseñanza efectuada en Santafé de Bogotá a fines del XVIII, donde, a través de una literatura panfletaria, se refleja el acceso de los criollos a las posturas ilustradas y sus anhelos frente a las prerrogativas de los peninsulares. Con ello se iría plasmando una actitud proclive a la independencia y al sentimiento de americanidad. En un escueto panorama, Mauricio Archila —obviando las rebeliones universitarias habidas en Colombia desde el dominio español hasta 1920 y un episodio como el trascendental congreso de estudiantes realizado en Bogotá en 1910— parte de la resistencia al férreo sistema universitario impuesto por el clericalismo, pasa por el enfrentamiento a Rojas Pinilla y desemboca en la radicalización guerrillera.

Olegario Negrín, profesor en la UNED madrileña, encara un movimiento secundario y terciario de tanta presencia como el cubano, deteniéndose en la tristemente célebre ejecución de los alumnos de medicina efectuada en La Habana allá por 1871. A su vez, Leonardo Carvajal ofrece un trabajo inconcluso sobre el accionar del estudiantado venezolano en el golpe de Estado contra Cipriano Castro y durante la tiranía de Juan Vicente Gómez. El cruento tema de la lucha armada frente al militarismo es retomado por la doctora Deise Mancebo desde el ángulo empírico de la misma universidad donde ella ejerce, en Río de Janeiro. Remata el último tomo con un valioso comentario de Gilberto Castañeda sobre la reestructuración de los estudios, para ponerlos al servicio del pueblo, que tuvo lugar en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de San Carlos, y cómo la experiencia fue bestialmente reprimida por el ejército guatemalteco.

En rasgos generales, se observa un buen manejo de las fuentes primarias, pese a las dificultades que supone el acceso a la documentación dentro de los millares de páginas escritas por el estudiantado latinoamericano entre los vientos de la militancia y el alud de persecuciones. Para el análisis del movimiento reformista no puede prescindirse del monumental repertorio que ha compilado esmeradamente Gabriel del Mazo a lo largo del tiempo en sus tres ediciones sucesivas (1926, 1941, 1968), y de cuyos testimonios se han ido apoderando dudosas antologías al uso.

Con respecto a ese mismo movimiento estudiantil, es hora de sobrepasar dos visiones reduccionistas habituales. Una de ellas enfoca la Reforma Universitaria como un mero derivado de la modernización que sustenta el

liberalismo decimonónico en sus propuestas secularizantes –desde una plataforma tecnocrática, eurocéntrica y antidemocrática–, con lo cual se anula la concepción original de la universidad aportada por el reformismo, en tanto síntesis superior de la visión profesionalista y científicista que añade asimismo los contenidos fundamentales de la americanidad, la crítica social y la hegemonía de los sectores populares. La otra variante simplificadora, bajo el cargo sobreideologista de constituir una vacilante orientación pequeño-burguesa, no permite trascender la antinomia abstracta reforma-revolución, los aspectos coyunturales, las impugnaciones lapidarias y reflejas, ni la falta de matices para percibir los cambios políticos y culturales.

Hoy, a la luz de una excluyente globalización financiera y la necesidad de apelar a los entendimientos multisectoriales para restarle su enorme poderío, destacamos el espectro plural que, en mayor o menor medida, ha impregnado al ideario reformista desde su propia configuración, pues encontramos en él posturas románticas, espiritualistas y esteticistas que han apelado a factores como la sensibilidad, las mentalidades, la cuestión religiosa o el divorcio generacional, junto a explicaciones que, desde la dialéctica o el positivismo crítico, han privilegiado las variables materiales, económicas y sociológicas. Tenemos, además, quienes han preferido destacar en el credo reformista elementos míticos e intuitivos, con un primado de la acción y la emotividad, o aquéllos que le asignan una tónica ligada al racionalismo y al intelectualismo. Desde el mirador ideológico, se descubren tendencias morigeradas o decididamente volcadas hacia la izquierda; inclinaciones vernaculares, continentalistas y universalistas; alternancias liberales y socialistas, individualistas o colectivistas, evolutivas o rupturales. Tanto los posicionamientos más conservadores como las actitudes fascizantes y el pensamiento ultramontano e integrista no sólo han permanecido frecuentemente al margen de la Reforma Universitaria sino que han sido sus principales adversarios.

Por lo demás, si bien corresponde incorporar otras aproximaciones para dilucidar la compleja dinámica de los movimientos estudiantiles, no se debe prescindir de elementos desestructurantes como las fuerzas morales o la potencialidad supraclasista que le asignaba hasta el mismo Ernesto Guevara a la juventud. Según lo sugiere uno de los propios coautores: "desde una perspectiva más psicológica y educativa que histórica tampoco hay que perder de vista que la adolescencia y primera juventud son las etapas del desarrollo humano más proclives a los idealismos [...] en cualquier caso, es la etapa de la máxima sinceridad y autenticidad, en la que el ser humano está en condiciones de entregarse por completo a la causa que elija" (vol. 1, p. 123).

La estrecha afinidad entre el utopismo y la juventud presupone una serie de atributos que suelen vincularse con dicha etapa existencial: el inconformismo, la creatividad, el desprendimiento, la preferencia por la acción, el jugarse con

osadía y, sobre todo, la inclinación a reformar la sociedad. Ello ha llevado a que la juventud haya sido glorificada por su monto de heroicidad y al mismo tiempo se la haya detractado como fuente de anarquía y perturbación.

Hugo E. Biagini

*Corredor de las Ideas*

**MARK T. GILDERHUS: *The Second Century: U.S.-Latin American Relations Since 1889*. Wilmington, DE: Scholarly Resources, 2000.**

This book offers a new historical synthesis of U.S.-Latin American relations in the twentieth century. One way that Mark T. Gilderhus accomplishes this is by placing his analysis and conclusions in sharp historiographical focus. At times, this takes the form of tweaking his colleagues: "Aided by the advantage of hindsight," (p.32) Gilderhus writes dryly at one point, historians have assessed the policies that constituted dollar diplomacy as failures. His point is that to describe dollar diplomacy as either a success or a failure is neither useful nor particularly probing of the nature of U.S. policy or its results. Here and elsewhere in the narrative, the author is smart, terse, and analytically sharp. Gilderhus is not interested in a revisionist harangue, nor is he concerned with a historical defense of U.S. actions. The approach is realistic; both in the case of dollar diplomacy and more generally, the author is interested in probing the motives for U.S. policies, understanding related Latin American decision-making, then identifying what worked for the U.S., what did not, and why. Like much of U.S. policy in the twentieth century, dollar diplomacy represents a mixed bag of outcomes that includes, most importantly, the implementation of something Gilderhus describes as closely resembling an empire, but, at the same time, Washington's inability to sustain peace, order and predictability.

Order and predictability were at the heart of U.S. policy in Latin America after 1889. This is a recurring theme that helps distinguish the book from other recent syntheses, including Frank Neiss's *A Hemisphere To Itself*, Lester D. Langley's *America and the Americas*, and Lars Schoultz's *Beneath the United States*. Gilderhus begins with the First Pan-American Conference (1889-1890), explores the origins of the American empire, then goes on to discuss differing Republican Party and Democratic Party initiatives before 1930. Because the author is less interested in cultural or ideological themes in U.S.-Latin American relations than in power politics and policy-making, the book tends to emphasize topics that have guided policy-oriented analysis in the past. These include relatively detailed attention to Woodrow Wilson's policy departures, including his Pan-American projects and his wartime